

INDICE DE EXPOSICIONES

UN ESPAÑOL ILUSTRE: FEDERICO MARÉS, "EL CATALÁN".

Allá a principios de siglo era frecuente ver por los caminos de la ancha y soledosa España la alta magra y desgarbada silueta de un hombre a quien acuciaba la prisa. Cuando no era por los caminos era por los senderos, y cuando no por los senderos por los vericuetos, en que tan pródigo era el país, todavía propicio al descubrimiento y a la sorpresa. Este hombre pernoctaba en extraños lugares. A veces su cuerpo, cansado de las jornadas, dormía sobre pajas; otras noches, en las altas camas de los pueblos, esas que tienen colcha larga de vivos colores, tejido antiguo y olor a manzanas o espliego. Nuestro hombre paraba poco en los sitios. Recorría detenidamente el pueblo, casi casa por casa, y marchaba rápido en busca de otra villa, de otro lugar. De algunos de ellos salía con pesado bulto entre los brazos, y así un día y otro día... y un año y otro año.

A Federico Marés, el escultor, le conocían bien por tierras de campos, por las llanadas de Valladolid, por las serranías de los Pirineos, por las más apartadas villas que un día tuvieron historia famosa justas en sus recintos, y guardaban en los viejos y derruídos templos, glorias del pasado, y en las antiguas y blasonadas casonas a punto de ruina, olvidados objetos de arte. Las comadres y los ancianos de los pueblos, esos que hacen tertulia en atrios y soportales, conocían bien la figura de "el Catalán", al que se veía de vez en vez, y a quien extrañaba ver mirar absorto un capitel, una portalada, una rejería, una imagen tallada en piedra o las antiquísimas tallas que un día lucieron gaya policromía...

Federico Marés era incansable en sus correrías. Formaba en la lista de los hombres que andaban por entonces en España, y que serían los que procuraban hacerla mejor, como Regoyos, como Baroja, como Azorín, como Solana...; eran los hombres que, sin ponerse de acuerdo, sabían la necesidad que había de andar por la patria para después hablar con conocimiento de causa. Otros catalanes también la recorrían por entonces, eran Rusiñol, Casas... Cada uno iba descubriendo algo inédito. Un día el resultado era "La ruta de Don Quijote"; otro, "Aviraneta"; otro, los lienzos melancólicos de Regoyos; otro, los cuadros violentos y los libros tremendos de Solana; otro, "El pueblo gris"... y así se iban enriqueciendo las letras y las artes, y luego la historia de la literatura y los museos. El escultor Federico Marés iba recogiendo lo que estaba en trance de perderse para siempre; iba recogiendo las prue-

bas de la grandeza de un pueblo; iba guardando tesoros ocultos, desconocidos, y por entonces perdidos, a no ser por su mano salvadora, y su bolsillo pródigo. "El Catalán" no cejaba en rescatar esculturas, columnas, estatuas y los más variados objetos que llevaban en sí, en su unión y en su número crecido, la gracia y el interés de la historia. Fueron muchos años de ir y de venir. Muchos años robados a su propio trabajo y a su quehacer de creador. Muchos años dedicados a emplear todo su dinero en formar una de las colecciones más importantes del mundo, y que tendría esa categoría por el buen tino y mejor conocimiento del escultor y viajero Federico Marés, quien convirtió el hecho de viajar en una profesión de gran alcurnia.

El resultado era sorprendente. Su casa de Barcelona se llenaba cada día con nuevas adquisiciones. Se colmaba. Las habitaciones eran pequeñas para guardar tallas, escudos, imágenes, policromadas, relieves y los más heterogéneos objetos. Y en una fecha feliz para España, el escultor Federico Marés se dirigió al Ayuntamiento de su amada ciudad de Barcelona y manifestó que donaba íntegra su maravillosa colección, tasada en muchos millones, a la ciudad. Sólo ponía como condición que le dejasen vivir entre sus valiosas piezas, y que el Museo nuevo fuese instalado en un noble lugar. El Ayuntamiento fué tan gentil y cortés, como es hábito en la ciudad que tanto elogió Cervantes. Cedió para el nuevo Museo locales dignos de él: el ala izquierda del Palau Menor de los Reyes de Cataluña, mandado construir en 1368 por Pedro IV el Ceremonioso, para su tercera esposa, Leonor de Sicilia, sobre el solar de la vieja residencia de los Templarios y con acceso frente a la puerta septentrional de la catedral barcelonesa... Y el día 1 de junio de 1946 se celebró la solemne inauguración de la primera sala del Museo, que es hoy orgullo de España. Ese mismo día se firmó el documento de la donación, y el donante recibió otro del Ayuntamiento en el cual se le nombraba director vitalicio de su propio Museo.

Esta es la anécdota simple del Museo Marés, que ha recibido la más preciada distinción de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: la Medalla de Oro.

El Museo Marés vale muchos millones, muchos. Digamos solamente que todo el primer piso —siete grandes salas— está colmado de tallas, desde la románica del siglo XII hasta las de los maestros españoles de los siglos XV, XVI y XVII. Todos los estilos de la imaginería están representados en escuelas hispanas o extranjeras, en las uniones hispano-flamencas o hispano-francesas; que desde el nombre de Berruguete hasta Juni asistimos a un desfile ininterrumpido de la más bella imaginería que puede soñarse reunida en una colección ejemplar. Digamos también, mejor dicho, apuntemos solamente, que todo el segundo piso

de este colosal Museo está dedicado a los más diversos objetos bajo el título feliz de "Museo Sentimental": abanicos, peinetas, joyas, encajes, aléluyas, barajas, juguetes, petacas (250), cajas de rapé (150), floreros, vidrios catalanes y de la Granja, atuendos masculinos: relojes, gemelos, casacas, etc. Destacan la colección de llaves antiguas (700), de pilas bendijeras de Manises, Alcora, Gargadelos; altarcillos, relicarios, estampería, incensarios, medallas, devotas, cruces y otros objetos agrupados en una sola sala llamada de la Fe.

El recuento del tesoro reunido, a través de toda su vida ejemplar, por Marés es imposible. Ante la concesión del preciado galardón su ancha sonrisa de hombre bueno y sencillo ha sido la gran respuesta. La misma que puso en su boca cuando realizó el milagro de reconstruir las tumbas reales de Poblet. La misma que puso cuando llevó a casa del maestro d'Ors la estatua regalada del ángel, que llevaba la firma de todos los que fuimos sus amigos; la sonrisa que surge cuando no sólo se cumple un deber, sino cuando se rebasa éste en un acto de inusitada generosidad y de amor a los demás, al prójimo, que este gran ejemplo, y no otro, es el que ha ofrecido a España y al mundo Federico Marés, "el Catalán".

PINTORES PORTUGUESES EN ESPAÑA.

De caso insólito puede calificarse, sin que pequemos de exageración en la fuerza del calificativo, el hecho de que se presente en España la obra de once pintores portugueses, pues, aunque pueda parecer extraño, y sin que exista ninguna causa que determine o explique artísticamente la ausencia de la pintura del país hermano, el hecho es que nos es prácticamente desconocida, mientras que las pinturas de otros países tienen en nuestra Patria presentaciones y conocimientos periódicos. Citemos, como ejemplos, las exposiciones recientemente celebradas de arte francés, dos de arte italiano, la de arte holandés, las inglesas organizadas por el Instituto Británico, las celebradas en la Casa de Norteamérica, las exposiciones recientes de arte chino, etc. El arte portugués se ha caracterizado por su desconocimiento, ya que la obra, excelente obra de Helena Viera de Silva, acaso en donde el abstractismo haya encontrado su más alta expresión poética, nos fué dada a conocer como de autora francesa, en una exposición de pintura contemporánea de pintores franceses, cosa no de extrañar, pues sabido es que las sucesivas escuelas de París están formadas por pintores extraños, hasta el punto de que es corriente la frase de que los mejores pintores franceses son españoles. Los ejemplos de Picasso o de Juan Gris son suficientes; pero a éstos podían añadirse los de Miró, Boreas, Viñes, etc., etc.

La culpa de este estado de ausencia creemos que es portuguesa, y tiene una explicación natural y lógica que un crítico del país hermano ha definido diciendo "que la pintura portuguesa, no habiendo conocido ni el impresionismo, ni la reacción de Cezanne, ha sufrido el más estrecho academicismo desde 1860 hasta más allá del año (clave) de 1910". Bien es verdad que dentro de nuestros límites geográficos ese mal también se puede achacar a España; aunque se ha salvado el temible bache, bien por las "exportaciones" al extranjero, bien por el sentido heroico de algunos pintores, que llegan desde Solana, Regoyos o Nonell hasta Palencia y Tapiés, o a asociaciones minoristas que mantuvieron enhiesta la bandera de la esencia artística contra el formulismo, desde la Asociación de Artistas Vascos hasta la Academia Breve, que fundó el maestro d'Ors. Hoy ya la incorporación es total en los movimientos artísticos de las nuevas generaciones.

Este fenómeno se ha producido casi al mismo tiempo en Portugal, y al producirse lo que pudiéramos llamar incorporación europea del arte nacional se ha realizado también un mayor conocimiento del arte portugués, del que no podemos olvidar que ya tenía varios nombres famosos y hasta heroicos, como los de Sousa Cardoso y Santa Rita, introductores del cubismo y el futurismo en Portugal, siguiendo el orden de los apellidos. La cita de Almada Negreiros es una isla, excelente, solitaria en sus días.

En la actualidad, y en la Sala Abril —buen nombre para la primavera artística que representa la excelente exposición portuguesa—, once artistas exponen sus obras. Todas ellas dentro de las más nuevas tendencias y con predominio de las formas abstractas. El certamen tiene una gran categoría y es lástima que el crecido número de expositores en una misma sala impida un conocimiento más íntimo, y a la vez más extenso, de sus modos y maneras. En primer lugar, tiene interés excepcional la obra de Julio Resende, el expositor de mayor eco en el mundo, singularmente en los países nórdicos, ganador del concurso de proyectos para el monumento al Infante Don Enrique, participante afortunado en la Bienal de Venecia, segundo premio de la Fundación Gulbenkian, y con obras en diversos museos europeos y americanos. Su pintura abstracta tiene un atractivo muy particular, pues Resende ha encontrado la fórmula de lograr la unión subjetiva de su aliento poético —general en la exposición—, con la entrega absoluta a una formalización plástica, con orden y concierto arquitectónico, conseguido sin concesión a lo objetivo, sino por buen ordenamiento de libres formas, y un color y un tono repetido, obsesionado, muy característico de este artista a quien tan bien conviene el camino de pureza que debe alentar en el arte no figurativo. Resende es la figura del certamen.

En la amplia lista de nombres se hallan: Luis Gómez, Lapa de Almeida —decorador del pabellón de Portugal en Bruselas—, Francisco Religio, Premio de Joven Pintura; Ruivo Alves, Gastao Seixas —arduo visitante de nuestro Museo del Prado—, Armandio Silva, miembro del Grupo de Grabadores Internacionales; Joao Viera, Antonio Bronze, Adelino Fergueiras, con obra en el Museo Nacional de Soares dos Reis de Oporto, y Antonio Quadros. El último citado acaso sea el artista con mayor fuerza expresiva y el que presente una obra que tenga, dentro de una tendencia mágica, resonancias de Max Ernst, una incorporación más portuguesa. Quadros ha sabido escoger una raíz popular, ingenuista, y luego dotada del imprescindible proceso intelectual que la dignifique y cree el arte con categoría y unidad. En este artista se aprecia una honda ternura y un aliento de “saudade”, vocablo que empleamos aun sabiendo que se hace inevitable en glosa que tenga a Portugal como protagonista, pero que aquí, sin estar buscando el sentimentalismo con predisposición, que de ser así perjudicaría al propósito plástico, éste surge naturalmente de la obra de Quadros, que es la única manera de que la literatura tenga permanencia en la plástica, cuando es una proyección lógica de la misma.

El conjunto ha merecido grandes elogios de la crítica madrileña, y varios de los artistas han recibido proposiciones para exponer en Barcelona tras la muestra celebrada en Madrid.

La falta de conocimiento ha quedado ya superada y sólo beneficios ha de reportar a los dos países hermanos. Y esto nos recuerda el caso del parentesco extrañísimo —pues no se conocieron los protagonistas— de Sequeiro y Goya, el uno asomado a la ribera del Manzanares y el otro apoyado en el barandal de algas del Atlántico. Sus vidas fueron parejas, tanto como sus obras; pero este tema exigiría otro comentario. Hoy sólo sirve para identificar sentires y expresiones.

NUEVAS SALAS EN EL MUSEO LÁZARO GALDEANO.

MEDALLAS, TEJIDOS, ARMAS, CUADROS.

Si el valor de una vida puede medirse también por el bien hecho a los demás, muchos méritos tuvo el ilustre hijo de Beire (Navarra) don José Lázaro Galdeano, fallecido en Madrid el año 1947, quien al morir legó sus colecciones al Estado español, habiéndose de tener en cuenta que el precio de los objetos cedidos sobrepasaba los mil millones de pesetas, existiendo algunos de valor incalculable por ser piezas únicas en el mundo.

Fué don José Lázaro Galdeano financiero famoso y más famoso aún coleccionista de los más variados objetos, tarea esta última en la

cual le acompañó su esposa, doña Paula Florido. Su nombre era conocido en todos los lugares de Europa y América, y los anticuarios internacionales sabían bien que las piezas más valiosas que llegaban a sus manos tenían en este español, retraído y hasta hosco, a un seguro comprador.

Su larga vida —nació en el año 1862— fué una dedicación completa al arte, gracias a la cual España hoy cuenta con un museo único, dada la variedad de objetos que en él se exhiben, desde el célebre “San Juan”, de Leonardo de Vinci, hasta la más completa colección de pintura inglesa, sin contar los lienzos de Velázquez, “El Greco” y Goya. Pero aparte de la pintura, el afán coleccionista de Lázaro Galdeano llegaba a todos los objetos que tuvieran un valor artístico o histórico, y así, ejemplares como la famosa copa del emperador Rodolfo II se hallan mezclados con la serie más rica de esmaltes de Limoges.

La medalla de Pisanello.

Ahora se han inaugurado nuevas salas que son exponente de una riqueza incalculable que ha necesitado años para su clasificación, llevada por notables expertos, bajo la dirección de José Camón Aznar, director del museo. De estas varias salas destacan las dedicadas a medallas, telas y armas. La primera constituye un archivo impar para estudiar la historia de la medalla en el mundo apartado, artístico, del cual casi carecía España. En la colección figuran ejemplares firmados por Antonio Pisano, a quien se considera inventor de la medalla, conocido por “El Pisanello”. Desterrado de su patria, Verona conoció en Ferrara al emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, cuando la peste disolvió el Concilio allí reunido para intentar la posible unión de las dos iglesias. De este emperador —hombre apuesto, con barba cortada a la griega— hizo el artista un dibujo que hoy se conserva en el Museo del Louvre, y que luego utilizó para el perfil de la que puede considerarse primera medalla artística. Un raro ejemplar con la figura de Alfonso V el Magnánimo fué la medalla con la que inició Galdeano esta colección que hoy puede considerarse única en el mundo, tanto por la cantidad como por la calidad.

El célebre estoque de Tendilla.

Las salas reservadas a las armas son también inapreciables. En una vitrina se ofrece, en toda su integridad, al visitante una pieza excepcional de la mayor importancia artística, histórica y aun política: el estoque de Tendilla, regalado por el Papa Inocencio VIII a don Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla, cuando consiguió, siendo embajador en Roma, concertar la paz entre Roma y Nápoles, siendo aclamado.

mado como "Fundador, Italike, pacis et honoris". Este viaje del conde de Tendilla tuvo una significación trascendental en la cultura española, pues con motivo de su admiración apasionada hacia el Renacimiento italiano —se trajo a España consigo al humanista Pedro Mártir de Angleria— se inició, por parte de la poderosa familia de los Mendoza, un nuevo estilo arquitectónico de tan decisiva influencia en todas las artes.

El célebre estoque es un gran espadón de ceremonia de suntuosa labra en el puño y singularmente en la vaina, calada y adornada por los mas bellos motivos renacentistas. Lleva una inscripción conmemorativa en la hoja, y su simbólico papel de instauración del Renacimiento en España ha sido exaltado por los historiadores de nuestro arte, diciendo don Elías Tormo que "con este estoque el Renacimiento rompió la brecha por la que, caudalosamente, se había de abrir paso en España". Su autor es Domenico de Scri. Con estas armas los Pontífices distinguían a los capitanes más ilustres de la Cristiandad.

El único retrato de Lope de Vega

Entre la nueva pintura expuesta se halla el único retrato que se conoce de Lope de Vega, en donde aparece vestido con hábito sacerdotal y venera de la Orden de San Juan. Su rostro no está copiado del natural, sino de una mascarilla de la cual se han sacado todos los dibujos que representan la figura del Fénix de los Ingenios.

La enumeración de los objetos ahora reunidos y clasificados es imposible, pues ocuparía un extenso volumen. Polvorines, puñales, armas de mano izquierda, de tijera, y una maravillosa colección de espadas españolas, francesas, alemanas e italianas, así como de cascos, lanzas, pistolas, pistoletas y escopetas, superan las guardadas en la Real Armería y la colección del Museo del Ejército. Pero siendo la catalogación imposible, no lo es manifestar la satisfacción que a todos cumple el saber que este gran tesoro, que se une a los ya exhibidos, es propiedad de los españoles, gracias a la generosidad sin límites de su fundador, Lázaro Galdeano, ejemplo en la actuación de hoy.

PINTORES DE TODA ESPAÑA EN TORNO AL HOMENAJE A CARLOS PASCUAL DE LARA.

Pocas Exposiciones han tenido el carácter sentimental de la inaugurada en los locales del Museo de Arte Contemporáneo en memoria y homenaje a Carlos Pascual de Lara, el joven pintor de la Escuela de Madrid recientemente fallecido.

Esta exposición se ha logrado con la aportación de todos los artistas españoles. De todas las regiones han llegado cuadros donados con destino a su venta y pública subasta para allegar fondos para la viuda e hijo del artista, que no poseen otro patrimonio que el parentesco con el artista muerto. El éxito económico sobrepasa al medio millón de pesetas. Cataluña, Valencia, Bilbao y Madrid son los centros que más aportaciones han hecho a este certamen, que sobre la excelente calidad de lo expuesto tiene el gran valor que supone la solidaridad espiritual de los artistas españoles hacia los familiares de quien alcanzó gloria y no alcanzó su correspondencia material, que permitiera la continuación de una vida para los suyos, con la lograda durante el ejercicio de su labor. Desde Vázquez Díaz a Benedito, desde Benjamín Palencia a Ortega Muñoz, desde los figurativos y académicos hasta los abstractos y concretos, todos los pintores y muchos escultores se han sumado a este recuerdo emocionado a Carlos Pascual de Lara.

El pintor madrileño, junto al valor de su obra, poseía un hondo valor humano. Con esta frase, acaso demasiado utilizada, y en ocasiones no bien aplicada, queremos expresar la calidad del hombre que andaba por la vida con el corazón abierto, con la amistad generosa y sincera, con la bondad como eje de sus actos. El acto inaugural de esta exposición que ha patrocinado la Dirección General de Bellas Artes y otros Organismos oficiales, las conversaciones eran recuerdo y nostalgia hacia la alta figura del artista. Unos recordaban los días —muy importantes para el arte contemporáneo español— de la Escuela de Vallecas. Era tiempo nuevo, recién nacido de la guerra de Liberación. Carlos Pascual de Lara, con otros artistas jóvenes, con esa juventud auténtica de los veinte y los diecinueve años, con Alvaro Delgado, San José y otros pintores, hoy con rango y fama, seguían la ruta del pueblo cercano de Vallecas, donde todavía no se pierden de vista las torres y la gracia y color de Madrid, y allí, bajo la dirección de Benjamín Palencia, y en derruido caserón, desde la mañana a la noche, a pintar y pintar, a hablar y hablar, a oír las teorías “angélicas” de Palencia, de ese descubridor en la plástica de la geología de Castilla. Eran días que Carlos Pascual de Lara recordó siempre con nostalgia, días de pocas comidas, pan y queso, según criterio castellano de Benjamín Palencia, y algún trago de Valdepeñas. La primavera y el verano fueron las estaciones que vieron bajar a los expedicionarios a las tierras secas de Vallecas, donde unas veces recibían ayuda y otra alguna pedrada de la chiquillería andante. Otros artistas recordaban las mañanas de la Academia, su rebelión ante ciertas fórmulas, su ansia de encontrar a la pintura un aspecto nuevo, su afán por hallar una cuadratura del círculo plástico, y otras horas en el “Casón”, nombre dado al Museo de Re-

producciones artísticas, donde, frente a yesos y escayolas, en rígido aprendizaje, se hablaba de Picasso y del arte abstracto.

La figura de Carlos Pascual de Lara estaba entrañablemente unida a todos cuantos le conocieron, y al igual que el día de su entierro formó una legión en la que hubo muchas mujeres llorosas, hoy, en la exposición, con un tono de voz baja impuesto de tácito acuerdo, se hablaba del pintor y del buen hombre que fué Carlos Pascual de Lara.

Nosotros también recordamos al pintor y al amigo. Al primero, por ser acaso el más exacto continuador de la obra de Vázquez Díaz. Su obra descompuesta en planos exigía un exacto dibujo, al que luego el artista sabía poner la gracia del color. Pocos han sido los lienzos legados por Carlos Pascual de Lara, pues su labor se hizo más extensa en grandes decoraciones, como la Basílica de Aranzazu o los techos del Teatro Real, de cuyos bocetos se exponen en esta exposición parte importante, a la que habrá de seguir, en el próximo otoño, otra dedicada a toda su obra. Esta labor de Carlos Pascual de Lara tenía como contrapunto la ilustración en *A B C* y en varias revistas, principalmente en *CUADERNOS HISPANOAMERICANOS*, se hallan bellos trabajos del artista, que entre las grandes decoraciones murales y la pequeña ilustración, hoy tan perdida, equilibraba su labor, cuando la muerte le vino a sorprender en el retiro de Segovia, en el alto estudio cercano al Alcázar, y a las altas tierras de Zamarramala, como ya dijimos al dar noticia de su muerte.

Como amigo, definición cada vez más pedida en su honda significación, Carlos Pascual de Lara era el compañero ideal para recorrer los blancos y negros caminos de España. Nuestro último caminar fué por los últimos senderos de "Platero", con ocasión del homenaje a Juan Ramón Jiménez, que, por fin, reposa bajo su amado cielo azul. Recorrimos Moguer con Leopoldo Panero, Luis Rosales, unos haciendo versos, y nuestro artista realizando dibujos sobre la bella memoria de Platero, protagonista de un libro que habría de ser Premio Nobel.

El caso, triste caso, de Carlos Pascual de Lara ha unido en la emoción a artistas de todas las regiones de España que se han agrupado en torno de un recuerdo, y que han hecho que la solidaridad en el arte sea una verdad que han cumplido con generosidad los que siguen el camino de la Belleza que es seguir un poco el camino de la Verdad.—
M. SÁNCHEZ CAMARGO.

REQUIEM POR WILLIAM CHRISTOPHER HANDY

Se cuenta en las orillas del Mississipí que hubo un tiempo en el que todo tenía su música adecuada. Los esclavos negros recién manumitidos inundaron las ciudades de un ruidoso bullicio desconocido hasta